

LA TERTULIA.

DIARIO PROGRESISTA DEMOCRATICO DE LA MAÑANA.

DIRECTOR: D. JUAN MANUEL MARTINEZ.

AÑO II.

Jueves 13 de Junio de 1872.

NÚM. 177.

LA TERTULIA.

MADRID 13 DE JUNIO DE 1872.

MOMENTOS SUPREMOS.

Una nueva crisis, crisis provocada por la mayor de las imprudencias, por la imprudencia de aconsejar al rey la suspensión de las garantías constitucionales, ha venido a evidenciar completamente al partido conservador, es decir, a los tránsfugas del partido progresista democrático y del unionismo disfrazado, que, fusionados, intentaron formar el partido conservador de la obra revolucionaria, ha venido a patentizar lo que tantas veces habíamos consignado, y lo que los mismos conservadores acaban de manifestar por fin al jefe del Estado: que ellos no tienen suficiente prestigio y poder en la opinión para gobernar con la ley, y que no son, por consiguiente, los llamados a sostener la obra revolucionaria, de que sin embargo se llaman conservadores.

¿Vergüenza y humillación para ellos, que de semejante manera se han evidenciado, y plácemes para el monarca que, rechazando el consejo, y que resistiendo la grave e injustificada medida que con tanta imprudencia llegaron a proponerle con el proyecto de suspensión de garantías constitucionales, les ha obligado a presentar sus dimisiones, antes que consentir en la violación de la ley, que él ha jurado sostener!

Momentos supremos son estos que atravesamos, y nosotros nos complacemos en asegurar, después de haber combatido con franqueza, con ruda franqueza quizás, algunas de las soluciones que se han dado a las pasadas crisis, que la actitud del jefe del Estado en tales momentos, verdaderamente graves, acaso los mas graves que podrán presentarse para el monarca, ha sido perfectamente constitucional, y ajustada a los principios democráticos consignados en la ley fundamental, que representa esa obra revolucionaria, y que nosotros considerábamos amenazada, destruida por los conservadores que ayer se encontraban en el Capitolio, que hoy han caído rodando por la roca Tarpeya, merced a sus exigencias anti-constitucionales y liberticidas.

Venga lo que viniere, nosotros nos complacemos en reconocerlo así; nosotros que, cuando hemos visto el escándalo de las elecciones pasadas, origen del saqueo de la caja de Ultramar; nosotros que, cuando hemos visto a las Cortes conceder un voto de gracias al general Serrano por el ignominioso convenio de Amoreviete, que se decía había ahogado en su origen la guerra civil, y luego vimos subir al poder a ese mismo general que aquella indignidad había consumado sin acabar con la insurrección, antes por el contrario, encendiéndola mas y mas, casi determinándola cuando no estaba si no indicada, nosotros que gritamos con verdadera pesadumbre, ¡la revolución ha muerto! hoy que vemos al jefe del Estado resistiendo ese atentado contra la ley que sus ministros se han atrevido a proponerle en la suspensión de las garantías constitucionales, no carecemos de autoridad para decir que el rey D. Amadeo, rindiendo en esta ocasión, como nosotros, culto a la idea, respeto a la Constitución jurada, se ha manifestado tan revolucionario como cumplía que lo fuese en estos momentos supremos, lo

qual nos obliga hoy a decir, con mas razon que hace tres dias, ¡viva la revolucion! que es la libertad, que es el derecho ¡que todos debemos respetar y sostener aquí.

En otro lugar hacemos la historia de la crisis provocada por el Gabinete Serrano, sucesor del Gabinete Sagasta, y representantes ambos de esa mayoría parlamentaria, de esa mayoría heterogénea, híbrida y abigarrada, conseguida contra el torrente de la opinión pública violentamente contrariada en la espontaneidad de su sufragio por las iniquidades, por los atropellos y escándalos que todos conocemos; aquí solo nos resta hacer votos porque el mismo sentimiento liberal, el mismo respeto a la ley que ha inspirado al jefe del Estado en estos supremos momentos su resolución en aceptar, sin vacilar ni instante, la dimisión del Gabinete que tan grave medida se ha atrevido a proponerle, ocho dias despues de haberle asegurado que la insurrección carlista quedaba sofocada y la paz hecha con el ignominioso convenio de Amoreviete, lo inspire para la solución de una crisis que es verdaderamente grave, tan grave, como que la suspensión de las garantías constitucionales en 1866 fué indudablemente la causa del desprestigio de la dinastía borbónica, y de su caída dos años despues a impulsos de la revolución de Setiembre.

HISTORIA Y JUICIO SOBRE LA CRISIS.

A poco de abierta la sesión de ayer en uno y otro Cuerpo colegislador, el Gobierno, interrumpiendo la discusión empeñada por boca del Sr. Topete en el Congreso, y del Sr. Groizard en el Senado, manifestó que, habiendo presentado su dimisión el ministerio, y sido admitida, pedían a la Cámara que suspendiese sus funciones, hasta tanto que la crisis ministerial se resolviera. No era esperado este inopinado golpe por la mayoría de uno y otro Cuerpo, y es indescriptible el cuadro de desanimación y aturdimiento que presentó apenas tuvo conocimiento de la nueva. Mutuamente se preguntaban senadores y diputados, cada cual en el lugar de sus juntas, las ignoradas causas de esta determinación, y a poco no se hacía misterio de que el rey, fundándose en que en documentos recientes había puesto su firma al pie de protestas de que su voluntad era no imponerse sobre la de la nación, y manifestando el decidido propósito de ser el primer guardador del pacto fundamental, había expresado al Gobierno su intención irrevocable de no autorizar la demandada suspensión de las garantías.

No obstante, la cuestión, motivo de la crisis, tiene mas larga historia que la vulgarmente conocida por las referencias de ayer tarde. Si nuestras noticias no son inexactas, hace tres dias que el general Serrano hizo en la Cámara regia algunas indicaciones acerca del pensamiento del Gobierno de entrar en una resuelta situación de fuerza. El duque de la Torre no fué escuchado con agrado, y encontró alguna contradicción a sus propósitos, aunque no declarados de una manera explícita ni definitiva. Frustrado este primer hábil escarceo, anteayer tomó el Sr. Ulloa sobre sí el encargo de abordar la cuestión mas francamente; el Sr. Ulloa fué escuchado con frialdad, notando la misma tenaz negativa. Pero la mayoría había tomado acuerdo sobre el particular: el Sr. Candau, contestando al Sr. Castelar, habíase dirigido a la misma mayoría para anunciarle que la hora de prueba se acercaba, y era preciso que permaneciera compacta para combatir a todos los enemigos de las instituciones que se aprestaban a la lucha; y soldadas tantas prebendas, y resuelto a entrar decididamente en el camino de la reacción, no halló el Gobierno otro recurso que el de presentarse en palacio a plantear la cuestión de una manera oficial.

En efecto: el general Serrano, como presi-

dente del Consejo, pasó ayer a la real cámara llevando extendido el decreto de autorización al Gobierno para llevar a las Cortes el proyecto de suspensión de las garantías constitucionales, y, si nuestras noticias son ciertas, el rey preguntó al duque de la Torre si el Gobierno había meditado bien sobre el caso, ó si encontraba camino de evadir medida tan estrema. El presidente del Consejo, sin vacilar, expresó que el Gabinete había tomado acuerdo sobre el particular, y que, en vista de lo pavoroso y aterrador de las circunstancias, no entreveía otros términos hábiles de conjurar los conflictos, que sobrevengan sino por los medios restrictivos que la suspensión le facilitaría. El rey entonces parece que expresó su deseo de que se reuniese el Consejo; y, en efecto, luego que estuvo reunido, pidió a cada uno de los ministros su opinión y su consejo. Contestes estuvieron todos en la necesidad de la medida que se proponía, y el Sr. Candau, si son ciertos nuestros informes, halló ocasión en aquel momento de pronunciar uno de esos discursos de odios y rencores contra el partido radical, de que ya ha hecho tantas ediciones desde que sin merecerlo se encontró ministro en Octubre último, culpando a nuestro partido de haber sido la causa de todos los males pasados, de todas las dificultades presentes y de todos los temores que sobre el ex-Gobierno pesaban acerca del porvenir.

Despues de oír el rey a sus consejeros, se mostró de todo punto esquivo a condescender con lo que se le pedía. En las tradiciones de su familia, —se nos ha dicho que espresó— no hay costumbre de atentar contra las leyes fundamentales, y mucho menos en sentido reaccionario; como caballero y como rey juró acatarlas, y —si son ciertas nuestras referencias— añadió a esto que antes se hallaba dispuesto a devolver a la nación los poderes de su soberanía recibidos, en caso preciso, que faltar a lo que con la soberanía de la nación pactó y juró conservar íntegro e incólume.

El señor duque de la Torre, a estas palabras, solo contestó diciéndo que pedía al rey la venia en nombre del Gabinete que presidía, para enviar a los Cuerpos Colegisladores una comunicación suplicando la suspensión de las sesiones, en vista de que al Gobierno había sido aceptada la dimisión. El rey parece que solo respondió: —Puede V. hacerlo.

Aceptada, pues, la dimisión antes de ser escrita siquiera, el Sr. Groizard partió para el Senado, y el Sr. Topete para el Congreso, para hacer sabedoras a las Cortes de la crisis. El duque de la Torre, faltando a todos sus deberes, escusó presentarse ante la Asamblea, como hasta aquí habían hecho en casos análogos todos los que han sido jefes de Gabinete; rasgo de soberbia, de que, como se vé, no están exentos, al recibir el primer desden de la fortuna, los que tantas y tan acerbadas censuras han producido contra querellas mas lealmente sentidas, mas evidentemente justificadas.

Hasta aquí lo que nosotros sabemos sobre las causas, proceso y término actual de la crisis del Gabinete Serrano-Candau. Oigan nuestros lectores ahora como las refieren otros periódicos de la noche, y el juicio que sobre la situación que la crisis crea forma la prensa.

Dos versiones trae *La Epoca*, que aunque entre sí algo contradictorias, en el fondo revelan que la opinión no se ha equivocado sobre el origen de la crisis; esto es, que el rey ha negado a los autores de las negociaciones ruinosas del Tesoro, a los exatores de los dos millones de la caja de Ultramar, a los autores del expediente de difamación contra todos los partidos y hombres públicos, a los firmantes del convenio de Amoreviete, la ruptura del pacto constitucional y la mas ignominiosa dictadura. Una de las dos versiones de *La Epoca*, es la siguiente:

«Estamos en el país de lo imprevisible. Nadie se explica que el ministerio hubiera adoptado una determinación tan grave, como es la de suspender las garantías constitucionales, sin haber obtenido el asentimiento previo del jefe del Estado. Y este descuido es tanto mas increíble, cuanto que ahora se sabe que una de las causas de la retirada del Sr. Sagasta fué la seguridad de no alcanzar medidas

extraordinarias. El general Serrano se creyó mas fuerte, y se ha equivocado.

Ayer llevó al rey el decreto autorizando la presentación del proyecto de ley pidiendo una autorización condicional, y el rey contestó que la medida era demasiado grave para no ser objeto de un Consejo de ministros. El Consejo se ha celebrado hoy, y en él, segun cuentan, ha manifestado el rey que procedía de una estirpe en que no era costumbre violar las leyes ni eludir su cumplimiento. En tal caso, ni uno solo de sus ministros ha podido estar a su lado un solo día. El rey se negó resueltamente a entrar por el camino de la dictadura, y la dimisión del Gabinete presentada en el acto, fué en el acto aceptada.

La segunda versión de *La Epoca* está concebida en estos términos: «Hay otra versión de origen ministerial, y segun ella, dos de los ministros tuvieron ayer ocasión de convencerse de que el rey no estaba propicio a aceptar la gravísima medida que se le iba a proponer, y sobre la cual no había sido consultado antes de convocar a la mayoría. El ministerio quiso aclarar sus dudas en seguida, y el presidente del Consejo llevó esta mañana el decreto que el rey notificó manifestando el deseo de que se reuniera el Consejo de ministros.

Congregado este en la real cámara, el presidente del Consejo espuso todos los hechos que a su juicio y al de sus compañeros hacían indispensable la suspensión de las garantías constitucionales. Apoyó el Sr. Candau, quien insistió en que era de los radicales la responsabilidad de la gravísima situación creada, y el Sr. Ulloa espasó, en un extenso discurso todos los peligros de que está rodeado el actual orden de cosas.

Despues de hablar los ministros, el rey dijo que era de opinión diametralmente contraria: que el que había venido en nombre de una legalidad dada no podía prescindir de ella, y que antes enviaria su abdicación a las Cortes que autorizar una dictadura con su firma. Aquí toda la razón y toda la prudencia estaban de parte del rey. Suscitado el conflicto, no había mas medio de dirimirle que la dimisión de los ministros, y como estaba a punto de votarse el mensaje, el Sr. Topete manifestó que debía ponerse inmediatamente en conocimiento de las Cámaras, lo que pasaba, aunque las dimisiones no estuviesen presentadas por escrito. En ello convino el rey, pero suscitó la cuestión de recursos y la proximidad de la terminación del año económico, a lo cual replicó el duque de la Torre, que en su juicio, la mayoría estaría dispuesta a votar recursos a cualquier ministerio.

Menos prolíja *La Política* en su relación de la crisis, ó peor enterada que *La Epoca*, se reduce a decir:

«La presentación a las Cortes del proyecto de suspensión de garantías estaba ya acordada en uno de los últimos Consejos de ministros; pero, puesto ayer este acuerdo en conocimiento de S. M., opuso dificultades a la aceptación de semejante pensamiento.

De estas dificultades y de los medios de vencerlas se trató, pues, principalmente en el Consejo de ministros de anoche, conviniéndose en insistir en la necesidad y urgencia de ese proyecto, y en ofrecer la dimisión al rey, si decididamente se negaba a aceptarlo.

Con tal objeto, hoy a la una ha ido el ministerio a Palacio, y como, a pesar de las reflexiones de los ministros y de los anuncios de vastas conspiraciones próximas a estallar, el rey ha persistido en su negativa, el Gabinete ha presentado su dimisión, que le ha sido admitida en el acto.

Mientras estos periódicos, tan independientes, hablan en tan críticas circunstancias el lenguaje del patriotismo, los ministeriales unionistas, aquellos que uno y otro día han venido echándonos en rostro nuestro supuesto antinacionalismo, no han tenido la dignidad de honrar su duelo con veinticuatro horas de consecuencia, y anoche mismo ya venían con reticencias como las de los siguientes anieitos de *El Diario Español*:

«El ministerio Serrano ha presentado su dimisión al rey, y ha sido admitida.

Este es el segundo ministerio que, teniendo mayoría en las actuales Cortes, ha desaparecido de la escena pública por cuestiones con el jefe del Estado. Esta noticia, que a nosotros no nos ha causado sorpresa, ha sorprendido, sin embargo, a muchas personas que no se explican ciertas cosas de la política.

«La actual crisis ministerial nos ha confirmado en nuestra opinión, manifestada repetidas veces, de que el ministerio Serrano sería el último envase de ideas conservadoras dentro del actual orden de cosas.

No es este el lenguaje de *El Norte* y de otros

periódicos inspirados por los penúltimos ministros; pero no por eso deja de ser violento y rebosando despecho, procurando además imponer no sabemos qué géneros de votos, como puede deducirse de estas palabras del órgano del Sr. Romero Robledo:

«Se dice que ha sido llamado a palacio el general Córdova, pero como quiera que parlamentaria y constitucionalmente no hay posibilidad hoy de ninguna solución que no sea emanada de la mayoría de las Cortes, suponemos que e habrá sido solo para conocer su opinión respecto a la situación política.

Fácil es formar idea del juicio que merecen la actual crisis a los diferentes órganos de la opinión. Mientras que *El Tiempo* lamenta que no pueda tener éxito la política que se iniciaba en sentido conservador, a cuya sombra sabemos cómo crecían las aspiraciones alfonquinas, y se condele que puedan venir nuevas aventuras radicales, la discreta *Epoca* se espresa en los términos siguientes:

«El desquiciamiento de la mayoría no permite la formación de otro ministerio que de un saldo de las filas radicales, que quizá es el único capaz de afrontar las dificultades del momento. Un ministerio radical daría vigoroso impulso a la guerra contra los carlistas, sería bien recibido por las Bolsas extranjeras y nacionales, y estorbaría ó dilataría todo movimiento republicano.

La Política, que en puntos a anti dinastismo, da quince y raya a *El Tiempo* a pesar de aquel famoso ¡Hoy nace la dinastía! que calorosamente pronunció en una ocasión célebre el Sr. Mantilla en el Congreso, juzga con gran seriedad la situación que ayer parece haber desaparecido, y aunque no tiene benevolencia alguna para los radicales, es aun menos compasivo con los conservadores de la famosa fusión. Oigámosle cómo se explica:

«Nuestras predicciones se han cumplido mas pronto y mas completamente de lo que habíamos anunciado, de lo que nosotros mismos esperábamos en nuestros sueños de profetas. El ministerio del 26 de Mayo, el ministerio preñado por el duque de la Torre, el ministerio que algunos políticos miopes creían de larga vida y de misión fecunda, ha dejado de ser a los quince dias de su trabajosa existencia. *La fusión* le dió vida y la *fusión* lo ha matado. Al morir él, muere la fusión.

Respecto a suposiciones acerca de la solución que se dé a la crisis, los periódicos de la noche se espresan casi en un mismo sentido, *La Política* dice:

«Todo el mundo está aterrado ante la gravedad de la situación. ¿Qué va a suceder aquí? se preguntan todos, y nadie sabe qué contestar.

«¿A quién llamará el rey para formar ministerio? interrogan otros, y los mas se asombran al oír que el radicalismo está de nuevo en boga y que lo mas probable es que el general Córdova sea llamado para formar ministerio.

Hasta las cuatro y media, hora en que escribimos, no han sido llamados a palacio mas que los presidentes de ambas Cámaras.

La Independencia Española, profundamente afectada, como todos los periódicos que reseñó el Sr. Sagasta, se ensaña con los radicales—síntoma de que los teme—y dice, llenando sus breves líneas de espíritu de Henoa, que es el mas simple de los espíritus:

«Se ha asegurado esta tarde que la crisis podrá resolverse en sentido radical, porque los federales no solo apoyan a los cimbrados, sino que hasta formarían parte del ministerio si fuera preciso.

«Que esto se ha dicho en serio, no cabe duda, pues algunos federales desean separarse de la gente roja, que no les deja respirar, y que, segun aquellos, les van a precipitar en el abismo.

«A continuación, *La Independencia Española* eleva el siguiente memorial, que en buen castellano quiere decir:—Señor Rey, no nos quite V. M. el poder; lo pedimos con mucha necesidad. No creemos que tenga otro sentido el sueldo que copiamos a continuación:

«Es de tal importancia la gravedad de esta crisis, que a los hombres mas eminentes de las Cámaras les hemos visto profundamente afectados.

«Nos alegráramos que la alta previsión de la Corona resolviera la crisis conforme a las aspiraciones del país.

La Epoca, que tan patrióticas frases escribía, como mas arriba hemos manifestado, al aconsejar la formación de un ministerio radical, como

— 212 —

— 213 —

— 216 —

— 209 —

—Es lástima, dijo esta, pero ningún hijo de vuestra majestad se parecerá como ese hidalguito.
—Y despues de todo, dijo el rey riendo, quizá sea su pariente...
Y mirando a Galaro le dijo:
—Puesto que has llegado hasta aquí, querido, Dios no quiere que te despidas. Así, pues, sientate y hablemos un rato.
—¡Ah! ya sabía yo que me escucharía vuestra majestad.
—¿De dónde vienes? le preguntó Enrique IV.
—De Norac, señor.
—¿A dónde vas?
—Vengo aquí.
—¿A qué?
—A buscar fortuna.
—Cómo se llama vuestra madre?
—No lo sé.
—¿Cómo! dijo el rey.
—Me dejó abandonado en las gradas de una iglesia.
El rey se estremeció, y a través por su mente como un antiguo recuerdo.
—Nancy, dijo, ¿a qué no sabes en quién pienso en este momento?
—No, señor.
—En Corisanda.
—¿La condesa de Gramont? dijo Galaro estremeciéndose.
—Ya sabe vuestra majestad que es viuda, prosiguió Nancy.
—Sí, querida, y le ha venido bien, porque ese pobre conde era tan celoso como tonto.
—¡Amén! murmuró Galaro.
—Es decir, que vienes de Norac, continuó el rey.
—Sí, señor.

—¿Tienes hambre?
—Ya lo creo.
—¿Y sed?
—Como un verdadero gascon.
—Pues bien, sientate, dijo Enrique, y comerás conmigo.
—Esto sí que no se puede rehusar, murmuró Galaro.
Galaro se sentó a la mesa.
Mucho tiempo hacía que el rey no se había hallado en esta fiesta.
Un hombre que entraba de aquella manera en su presencia, que se ponía a su mesa sin otro miramiento que como si hubiera entrado en casa de un amigo, no era, pues, una suerte para un monarca que se hallaba a todas horas del día subyugado por una etiqueta irritante que le fastidiaba.
Nancy se reía por su parte al pensar en la mala cara que pondrían los cortesanos que fuera se encontraban.
El rey sirvió de beber a Galaro.
Este saludó al rey, y se bebió de un trago el contenido de su cubilete.
—¡Está bien! por Cristo que empinas bien el codo, compadre, dijo el rey.
Galaro le saludó de nuevo.
—¿Con que vienes de Norac?
—Sí, señor, directamente.
—¿No te has detenido en el camino?
—¡Oh! sí, todos los dias un poco para descansarase mi caballo.
—¿Sé lo que es eso, dijo el rey recordando su juventud; se tiene un jaco con cascotes de hierro, y...
—¿Qué, señor?
—Esoos jacos son los mejores, querido; se les ensilla, y sale uno para París llevando al uno al otro en pequeñas

—Quizá, bien, murmuró Galaro.
—Para ello, necesitas tiempo, y como ahora la Francia no tiene guerra con nadie, y deja en tranquila paz a sus vecinos, y que no necesito tu espada, te dejo en libertad para pasearte por París. Vendrás de cuando en cuando a hablar conmigo, me referirás tus amores y tus aventuras, y tendré buen cuidado de llenarte de oro tu escarcela.
Y concluyendo de esta manera Nancy, aguardó la respuesta del rey.
—¡Eh! pronunció el monarca; amiga, ¿cómo dispones!
—¡Señor! eso es lo que yo haría...
—¿Sin duda crees que tengo el dinero a espertas?
—¡Pah!
—Pues soy mas pobre que cuando solo era rey de Navarra.
Y el rey ya se disponía a enumerar sus apuros monetarios, cual lo hubiese hecho otro de sus riquezas, cuando llamaron a la puerta.
Al mismo tiempo entró un paje.
—¿Qué quieres? dijo el rey no con demasiado buen humor.
—Señor, es un correo que viene de Amboise.
—¿De la reina?
—No, señor, de M. de Pont-Ribaud.
Y separándose el paje de la puerta, entró un hombre cubierto de polvo.
Aquel hombre no era otro que el alemán Fritz, al que la bella Perina burló con tanta gracia.
Al verle, Galaro retiró su silla hasta interponer a Nancy entre la luz que ardía sobre la mesa y su rostro que quedó en la oscuridad.
Fritz se acercó y entregó un pliego al rey, y no conoció a Galaro.

os aseguro que de buena gana hubiese dado su fastuosa comida por el guisado de cabra, el queso y el vinillo blanco, que hacía mi delicia en Coarosse, ó en el castillo de Pau.
«Todo esto no quita para que el pueblo de París no crea que soy el mas feliz de los príncipes, y que me tendrían razón para no dormir en el Louvre, y de no comer con gusto y apetito.
«Pero ese buen pueblo que me ha aclamado su rey, son buenos menestrales, y no me creerían un buen príncipe si yo os tratase como en Pau, en Norac ó en Coarosse.
«Yo de aquí en adelante me será preciso dormir en un gran lecho, en donde indudablemente me moriré de frío; habitar en este palacio, en donde cualquiera se perdería en sus vastos corredores; beber en cubiletes de plata y comer en platos de oro; cosas todas a las que un pobre príncipe como yo no está habituado, y que me atarán mucho; pero aun, amigos míos, no es todo lo peor.
«Me será preciso comer solo, ó convidar a uno ó a dos lo mas a mi mesa; tener guardias y pajes detrás de mi silla; observar mis movimientos, detenerme en mi lenguaje, oír llamarme «Majestad», y no ya «Enrique»; tener guardias, vestirme de seda, recibir a los embajadores y no sé qué mas...
«Y si yo no hago todo esto, el pueblo de París murmurará diciendo que los he engañado, y que es falsa la misa que he oído.
«Luego, pues, amigos míos, es preciso resignarse y obedecer.
Y despues de haber hablado de esta manera, penetró en el Louvre el buen rey Enrique, que el Louvre volvió a tener la fisonomía que tuviera en los tiempos de los Valois.
Y tuvo guardias en las antecámaras, chambelanes, oficiales

el único que en las circunstancias presentes puede conjurar en la medida de sus fuerzas y con los medios que le dá su gran amor á la libertad y á la patria, los conflictos así políticos como económicos creados por la situación conservadora, daba á última hora estas noticias:

—Se ha dirigido al duque de la Victoria el telegrama de costumbre, que será contestado como otras veces, y han sido citados para esta noche los presidentes de ambos Cuerpos colegisladores. Todas las demás noticias que han circulado son inexactas.

—No es extraño que se supusiera, anticipando los sucesos, un ministerio presidido por el general Córdova, y del cual formaran parte los Sres. Martos, Ruiz Gómez y Becerra.

El Sr. Ruiz Zorrilla no podrá entrar hasta después de reelegido diputado.

Otros periódicos ministeriales, *El Diario Español*, entre ellos, lleva su piadoso amor á los radicales hasta á regalarlos artificiales candidaturas de nuestros amigos, y como si estos tuvieran en el mencionado periódico el depósito de sus mas íntimas confianzas, dice *ex cathedra*, para en el caso fortuito de que los radicales fueran poder:

«En el caso, casi seguro, de que se forme un ministerio radical, las actuales Cortes serían disueltas, convocándose las nuevas para el 15 de Setiembre, cobrándose las contribuciones sin su aprobación y presentándose luego el Gabinete á pedir un bill de indemnidad.»

La candidatura radical de *El Diario Español* es la siguiente:

Presidencia y Guerra, Córdova.—Gobernación, Martos.—Marina, Beranger.—Ultramar, Becerra.—Fomento, Herrero.—Estado, Asquerino.—Gracia y Justicia, Seoane.—Hacienda, Ruiz Gómez.

Hemos dicho que algunos periódicos que están inspirados por ex ministros del penúltimo ministerio, objetaban á la formación de un Gabinete radical el no tener los de este partido mayoría en las Cámaras. Pero ahí está, en todo caso, para resolver la crisis, el Sr. Sagasta, contra el cual y sus compañeros de Gobierno, se presentó ayer en la mesa del Congreso la siguiente acusación:

«Pedimos al Congreso se sirva tomar acuerdo declarando que há lugar á exigir responsabilidad al ministerio presidido por D. Práxedes Mateo Sagasta en 18 de Marzo próximo pasado, época en que se dispuso y ejecutó la distracción de quinientas mil pesetas de la caja de Ultramar, con cargo y para obligaciones del capítulo de gastos secretos del ministerio de la Gobernación.»

Palacio del Congreso 27 de Mayo de 1873.—José C. Sorni.—Joaquín Gil Berges.—Pedro J. Moreno Rodríguez.—Joaquín Fiol.—J. Soriano Placent.—Gregorio Alonso Grimaldi.—C. el conde de Torenó.

VOLVAMOS POR LA HONRA NACIONAL.

Cuando el abigarrado y odioso ministerio caído se figuraba ver á las oposiciones en armas, haciendo estallar una general conflagración, estas se ocupaban en volver por la honra del país y por la de la Cámara, deprimida con la suposición de que pensaba hacerse solidaria del asunto de los millones de la caja de Ultramar, presentando la siguiente acusación contra el Gabinete presidido por el Sr. Sagasta, de cuyo espíritu se harán cargo nuestros lectores leyéndolo, puesto que lo insertamos á continuación:

Resultando de las esplicaciones solemnes dadas ante el Congreso de diputados por varios señores ministros que, en virtud de acuerdo tomado en Consejo por todos los que desempeñaban el cargo de tales en 18 de Marzo último, se han tomado de la caja de Ultramar 500.000 pesetas para atenciones apremiantes y con cargo al capítulo de gastos secretos del ministerio de la Gobernación:

Resultando plenamente confirmado este hecho en el preámbulo del proyecto de ley presentado al Congreso por el presidente del Consejo de ministros D. Práxedes Mateo Sagasta en 16 del actual al intento de que las Cortes aprueben la operación de que se trata:

Resultando del espresado preámbulo la confesión explícita de que, para obtener el necesario suplemento de crédito ó crédito extraordinario, no se observaron estrictamente los trámites establecidos en los artículos 36 y siguientes de la ley de contabilidad por no permitir la índole del servicio, á menos de publicar datos y noticias que debían conservarse en la mas absoluta reserva:

Considerando que según la real orden de 12 de Noviembre de 1855, los fondos de la caja de Ultramar están afectos á obligaciones especiales, y que tocan al interés privado, á tal punto que, para ponerlos á cubierto de toda eventualidad previene la disposición 14.ª de aquella que solo existan en las arcas las sumas indispensables para las atenciones de un trimestre, imponiéndose las demás existencias en el Banco español de San Fernando:

Considerando, por consiguiente, que al tomarse las quinientas mil pesetas de la caja de Ultramar en la forma en que se tomaron, se ha atentado contra un depósito sagrado de agena pertenencia infringiendo notoriamente la real orden mencionada de 12 de Noviembre de 1855:

Considerando que por el mismo hecho se ha infringido

también el párrafo 2.º del art. 33 de la ley de Contabilidad vigente, el cual preceptúa que el Gobierno pueda dar otro empleo á los fondos públicos que el prescrito por la ley de presupuestos ó otra que lo determine, cuya infracción implica la responsabilidad determinada en el párrafo 2.º del artículo 34 que declara: que los ministros que faltaren á la ley en la aplicación y distribución de los fondos públicos quedarán sujetos á las penas que el Código marca para los que distraen de su objeto dinero, efectos ó cualquiera otra cosa mueble recibida en depósito ó administración:

Considerando que, confesada la infracción de los artículos 36 y siguientes de la ley de Contabilidad, que no consignan excepción de linaje alguno, no puede quedar aquella coonestada con la índole del servicio á que se destinaban los fondos; por que donde la ley no distingue, á nadie es lícito distinguir:

Considerando que lejos de aparecer atenuada la infracción de la ley de contabilidad, se descubre un propósito deliberado de faltar á ella: pues que para la concesión del crédito extraordinario ó suplemento de crédito no se ha pedido previamente dictamen al Consejo de Estado en pleno sobre la necesidad y urgencia del gasto: ni se ha tenido en cuenta por tanto la opinión de este alto cuerpo consultivo: ni el importe del gasto se ha cubierto provisionalmente con la Deuda flotante del Tesoro: ni el decreto de concesión se ha remitido con el expediente de que toma origen al Tribunal de Cuentas para su registro: ni se ha publicado después en la *Gaceta de Madrid*; formalidades todas ineludibles al tenor de los artículos 41 y 42 de la repetida ley en el caso de que las Cortes no estuviesen reunidas y el gasto para el cual faltar crédito fuera urgente:

Considerando, por tanto, que la acción de ejecutar la concesión del crédito sin cumplir los requisitos enumerados, hace responsables á los ministros conforme al artículo 34 antes citado de la ley de contabilidad y según el tenor literal del artículo 42:

Y considerando por último que si no es admisible la esculpción fundada en la urgencia del servicio, porque la ley ha fijado para casos semejantes, reglas que el ministerio presidido por el Sr. Sagasta no cumplió, es menos admisible todavía la que hace relación al reintegro de caudales á la caja de Ultramar, pues que la devolución correspondía de derecho independientemente de la voluntad de los ministros, al haberse en el caso en cuestión:

Pedimos al Congreso se sirva tomar acuerdo declarando que há lugar á exigir responsabilidad al ministerio presidido por D. Práxedes Mateo Sagasta en 18 de Marzo próximo pasado, época en que se dispuso y ejecutó la distracción de quinientas mil pesetas de la caja de Ultramar, con cargo y para obligaciones del capítulo de gastos secretos del ministerio de la Gobernación.

Palacio del Congreso 27 de Mayo de 1873.—José Cristóbal Sorni.—Joaquín Gil Berges.—Pedro J. Moreno Rodríguez.—Joaquín Fiol.—J. Soriano Placent.—Gregorio Alonso Grimaldi.—C. el conde de Torenó.

Como anunciaban ayer varios periódicos, anoche á las diez estuvieron en palacio los presidentes de ambos Cuerpos Colegisladores, llamados por el rey para conferenciar con ellos. Ignoramos lo que habrá pasado en aquella entrevista: á última hora era general el rumor de que el presidente del Congreso había aconsejado á S. M. la formación de un ministerio procedente de la minoría radical.

Lo que nosotros sabemos es que nuestro digno amigo el señor general Córdova ha sido invitado para que asista hoy á las diez de la mañana á Palacio.

Reunidos ayer los comandantes y oficialidad de la Milicia ciudadana de Madrid, acordaron dar á su jefe el señor marqués de Sardoal un voto incondicional de confianza, en vista de la gravedad de las circunstancias.

Dice *La Epoca*:

«El ministerio ha pagado su vicio original, el vicio de titilarse conservador sin serlo, porque las teorías del señor Góizard y del Sr. Candau, y el apoyo del Sr. Romero Ortiz, constituyen una teoría conservadora que no es la que profesan los hombres de este partido. Así ha salido el ensayo. Para colmo de errores, anoche el Sr. Eldayen, cuando ya tenía un pie en el otro mundo, políticamente hablando, rechazó la emienda que tenía por objeto dar al clero algunas esperanzas de pago, sin sustituirlas con nada.»

«La irritante injusticia de que dos diócesis en que tenían interés dos ministros, hayan cobrado sus atrasos y que el clero de las demás siga pereciendo, es otra gracia que deberá el clero al ministerio conservador. Al menos los radicales no le habrían engañado.»

El ministerio ha encontrado su muerte donde menos lo esperaba. Pensó prolongar su existencia suspendiendo las garantías, y esta medida le ha dado la muerte. Es decir, que el tiro le ha salido por la culata, ¡qué desengaño!

Es deliciosa *La Correspondencia*. Parece que esta noche, dice en su última edición, se reúnen varios hombres importantes de la situación, es decir, sagastinos y fronterizos, para inclinarse á sus amigos á que apoyen la situación que haya

de suceder á esta. ¡Qué intemperancia de dar noticias tiene el periódico montpensierista! ¡Saben por ventura los hombres de la situación caída la que le va á suceder? ¿Pues cómo se dice ya que se reúnen para acordar el apoyo de lo que nadie conoce ni calcula? Verdaderamente *La Correspondencia* se atreve á suponer que la nueva situación será representada por el señor Santa Cruz ó por el Sr. Ríos Rosas, que, como todo el mundo sabe, votó la candidatura Montpensier, ídolo del periódico callejero.

Ayer por la mañana revistió el rey, acompañado de los generales Bassols y Rosell, el batallón de cazadores de Ciudad Rodrigo, colocado frente á palacio en orden de parada. El monarca, después de felicitar al teniente coronel primer jefe de dicho cuerpo, recorrió las dos líneas hablando con los capitanes, oficiales y clases del batallón. Terminada la revista, el rey presenció el desfile, colocado frente al arco de la Armería, desfile que se hizo por mitades de compañías.

A Sagasta ha sucedido el duque de la Torre. Si desprestigiado cayó el primero, el descrédito del segundo no le ha ido en zaga.

En qué consiste que los conservadores, contando con la opinión pública, según dicen á voz en cuello, caen despedazados por la opinión, y los radicales, rechazados por todo el mundo, según los periódicos conservadores, caen entre coronas de triunfo?

Sería curiosa la contestación si la obtuviéramos.

Según *El Universal*, los voluntarios de Madrid intentaban entregar las armas si se suspendían las garantías constitucionales.

Por ahora se ha desvanecido ese peligro; pero si volviese á surgir, no parecería muy mal la determinación de entregar las armas que sustentan para defender, entre otras cosas, la libertad, y entregarlas precisamente cuando la libertad las necesitaba.

Esos retraimientos tienen apariencias de amenazas; pero no son mas que suicidios.

Otro de los gobernadores nombrados por el ministerio Serrano-Candau es el Sr. Rubio, que mandaba en Valencia, si la memoria no nos es infiel, el día de la revolución, y que intentó cerrar las sesiones de la *Sociedad económica de Amigos del País*, por el enorme delito de discutir la conveniencia de fundar una escuela no política de artesanos.

¡Qué Gobierno y qué gobernador!

¿Qué mayoría es esa que devora ministerios á granel y después se devora á sí misma, siendo así que está compacta, unida, homogénea y que tiene tragaderas para los apóstoles y los conventos?

¡Vamos á ver! ¿Hay quien nos desoír el enigma?

Pasan las actas, pasan los dos millones de la caja de Ultramar, pasa lo de Amoreviete, pasan las intemperancias del Sr. Ríos Rosas, pasan los monstruosos presupuestos, pasa todo, y sin embargo, los conservadores no están tranquilos y piden la suspensión del Código fundamental. ¡Qué pretenderían hacer esos hombres! ¿Había otra hornada de apóstoles, ó se necesitaba otro convenio? ¡Qué se diga!

Con motivo de la crisis que ha dado en tierra con el general Serrano y el ministerio que presidía, parece que se ha suspendido el gran baile que la duquesa de la Torre tenía preparado para hoy día de su santo.

Celebramos, á fuer de españoles, que el ministerio haya desaparecido, porque el general Serrano es una calamidad nacional; pero sentimos la contrariedad que habrá experimentado la señora duquesa al tener que suspender una recepción en donde hubiera lucido una vez mas sus encantos.

El hombre propone... y Dios dispone.

Según decían los periódicos de anoche, el general Serrano se trasladó ayer mismo á su hotel del barrio de Salamanca.

Franklin decía que tres mudanzas equivalen á un incendio, y si esto continúa, el general Serrano podrá decir dentro de poco que su casa se ha quemado.

Le recomendamos una sociedad de seguros contra incendios.

Tanto el Sr. Candau, como el Sr. Sagasta, progresistas de pega, para quienes el ejercicio de la libertad es licencia desde que han logrado ser ministros de la Gobernación, han formulado estos días sus capítulos de queja contra la prensa periódica, manifestando uno y otro el encono

contra una institución que tanto defendieron cuando se hallaban en los bancos de la oposición en las Cámaras de los Gabinetes borbónicos.

Acaso los Sres. Sagasta y Candau tienen su razón en decir que hay periódicos que injurian y calumnian á vivos y á muertos, y nosotros podríamos citar algunos colegas ministeriales que así lo hacen, quizás inspirados por sus patrones erigidos en poder; pero no la tienen de ninguna manera, manifestando que la prensa goza de verdadera libertad, de la libertad que le concede la Constitución, supuesto que no se ha establecido el jurado, y que puede un juez cualquiera denunciar de oficio y secuestrar la propiedad particular, con perjuicio de tercero, lo cual está prohibido por las mismas leyes.

Como una prueba de que el partido dominante, según llama el Sr. Ríos Rosas á la fusión de sagastinos y fronterizos, no son conservadores de la obra revolucionaria, si no conservadores al estilo antiguo, véase la amenaza de un nuevo émulos de autorizaciones enteramente iguales á las que en 1866 concibió el Gabinete O'Donnell, y de las cuales se aprovechó luego el Gabinete Narvaez. Conservadores á lo borbónico, no conservadores de la obra revolucionaria, son esas fracciones que aconsejan al jefe del Estado la suspensión de las garantías constitucionales, ni mas ni menos que como se hacia en tiempo de doña Isabel de Borbon por ministros reaccionarios, enemigos del partido progresista y de las doctrinas democráticas que este partido ha encarnado en el nuevo derecho constitucional.

La Independencia Española opina que don Mateo Gamundi debe desmentir las verdades que ayer le dijo *El Imparcial* y *LA TERTULIA*, ó dimitir.

Pues bien; si continúa mandando los conservadores, el Sr. Gamundi no desmentirá nuestras noticias ni dimitirá.

¿Cree *La Independencia* que cuando se ha llegado á ser gobernador sin merecerlo ni soñarlo, se está dispuesto á producirse de ese modo?

No. Si el Sr. Gamundi fuera capaz de esos arranques, hubiera comenzado por renunciar ese nombramiento que abochorna á la revolución.

No dice la verdad *La Independencia* al asegurar que la concurrencia á la reunión de nuestro comité fué anteyer escasa; ni al indicar que se trataron mas cuestiones que las anunciadas por la prensa de nuestro partido.

Falsear lo cierto, cuando es público, conduce al descrédito del que lo falsea.

La Política, á pesar de sus afeciones por el señor duque de la Torre, por el Sr. Ulloa, por el Sr. Topete, por el Sr. Eldayen y otros individuos del actual Gabinete, dice que una carajada general salda á un tiempo de los bancos ministeriales y de los de la oposición, ha acogido la declaración del Gobierno de que había presentado su dimisión. ¿Quién no había de reírse de la caída de un ministerio que 24 horas antes aseguraba que tenía el apoyo de la corona y del país, y que, sin embargo, pide al jefe del Estado, para poder gobernar, la suspensión de garantías constitucionales?

Según dice un colega de la noche, ayer han debido reunirse los jefes de los Voluntarios de la Libertad para tratar de asuntos relacionados con la cuestión de orden público, pues se asegura, añade, que la fuerza ciudadana, en su mayoría, entregará las armas en el caso de que la mayoría de las Cortes vote la suspensión de las garantías constitucionales. Sin embargo, el periódico que dá esta noticia y que no es otro que *La Política*, cree posible que la crisis se resuelva constituyéndose otro Gabinete de fación, bajo la presidencia del Sr. Ríos Rosas, al cual supone que se le autorizaría para pedir á las Cortes aquella grave y extraordinaria medida.

La Política, dinástico del general Serrano, ataca hoy duramente, aunque de una manera indirecta, á un elevado personaje, suponiéndole capaz de haber consentido en una crisis, para conceder á otro hombre lo que ha negado al duque de la Torre con aplauso general.

¡Si digéramos nosotros lo que dice *La Política*, cuánto se alborotaría!

En cuanto *La Política* ha podido abrigar el temor de que subiera al poder el partido radical, se ha dedicado á escribir retenciones contra quien pudiera llamarle.

Sin embargo, ese periódico decía, no hace muchos días, que no cabía aquí mas solución

que Serrano ó Zorrilla, y habiendo caído el primero, parece que cesaba la disyuntiva; pero como estos conservadores nunca dicen lo que sienten, modifica ahora su pensamiento en esta forma: «No hay mas solución que Serrano ó Zorrilla.»

«Tiene gracia! Cuando un periódico ataca á los que no usan para defenderse de otras armas que las mismas esgrimidas por el colega, aunque sin envolverlas tanto, tiene el deber de no usar armas prohibidas, y prohibidas son por la decencia las calumnias, cuando antes de lanzarlas han sido completamente rebatidas.

Entre otras que lanza al partido radical *El Combate*, dice que el Sr. Ruiz Zorrilla adeuda 20.000 duros al Estado por adquisición de bienes nacionales.

Ya hemos dicho otra vez que el Sr. Ruiz Zorrilla no ha comprado nunca bienes nacionales, y no habiéndolos comprado, no puede haberlos llevado á deber jamás.

Después de nuestro aserto, si *El Combate* quería insistir, cumplía demostrar el suyo, y al no hacerlo, comete un acto que nosotros nos avergonzamos de cometer.

Bien castigado va *El Combate*, sin embargo; pues empieza su comentario diciendo: «Música, música!» como echándole en rostro que mientras los carlistas se batían, los socialistas de *El Combate* graznan, y mas castigado quedará cuando los periódicos que han copiado su agresión, inserten nuestro suelto, por el cual se evidencia que *El Combate* esgrime sus procazidades contra todos los que no piensan como él, aunque su honra esté por encima de tales bufonadas.

Según se espresa anoche *La Política*, la insistencia del Sr. Sagasta en aconsejar al Gobierno tan calurosamente como lo hizo en la reunión de la mayoría, que pudiese al jefe del Estado la suspensión de las garantías constitucionales, reconocía por intento precipitar al nuevo Gabinete al abismo donde ha caído, pues ya el Sr. Sagasta parece que había tratado de apelar á ese recurso antes de su caída, y sabía que el rey D. Amadeo era contrario á tan extraordinaria medida. Ignoramos el fundamento que haya para pensar así del Sr. D. Práxedes, pero desde luego no encontramos dificultad en dar crédito á la especie.

INSURRECCION CARLISTA.

Después de ver el extracto de los telegramas publicado ayer por la *Gaceta*, no extrañarán nuestros lectores que hayamos acogido siempre con marcada desconfianza las noticias oficiales acerca del movimiento carlista. Desde que se efectuó el convenio ó cosa de Amoreviete, el Gobierno y los diarios oficiales han insistido en su pueril propósito de hacer creer al país que la insurrección estaba agotándose y que las partidas ó se habían disuelto definitivamente ó estaban á punto de agotarse al convenio; mas el diario oficial vino ayer á desvanecer esas ilusiones declarando con sus noticias que el estado actual de la insurrección es mas grave que en los primeros días, puesto que va tomando incremento y se propaga á otras provincias.

El *Trucab* bat del lunes trae las siguientes noticias:

«El tren que salió ayer mañana de esta villa conduciendo un batallón de cazadores de Figueras, una sección de husares y otra de artillería de montaña y con estas tropas el general Acosta, encontró que acababa de prenderse fuego al puente de Arrancudiaga. Hízose acudir á los vecinos del pueblo á apagar el incendio y fué multado el ayuntamiento en 1.000 rs., en cuya cantidad se calcularon los daños sufridos en el puente. El tren continuó, desembarcando las tropas en Areta.»

«Sin duda en vista de algún aviso de Bilbao debió intentarse el incendio del puente, pues cuando el tren llegó comenzaba á arder, habiéndose preparado una hoguera á un costado del tablero del arco del centro, con petróleo, paja y zarza.»

«Esta operación la ejecutaron cuatro ó seis hombres, se cree de la partida que manda el maestro de Santa Lucía, para la cual sacaron además en Arrancudiaga, 80 raciones.»

«Hallándose el tren en ese punto recibióse aviso de que los facciosos estaban derribando el puente de Sarachu, de sillería, cerca de Orduña. Ya dignos el día pasado que había sido destruido el puente de Luyando.»

«Hace bastantes días que tres pequeñas partidas que parecen ser las que capitanean Aspe, el maestro de Santa Lucía y Urquijo, se hallan sobre la vía en diferentes puntos y de la cual apenas se alejan, y estas sin duda son las que se han propuesto destruir completamente la vía férrea.»

«La partida de Velasco se dirigía el sábado por la mañana hacia la parte de Arana.»

«No parece fué el general Letona el que se apoderó el mismo día de las raciones que habían pedido en Oñandiano, sino la brigada Zorrilla.»

«Ayer llegó á esta villa con objeto de encargarse del gobierno militar de la misma, el Sr. Tello, teniente coronel de ingenieros, brigadier de infantería, que mandaba una brigada en el ejército del Norte.»

«Anoche fué incendiada la estación del ferrocarril en Arrigorriaga. Esta mañana aun ardía.»

con trajes recamados de oro, paños hermosos y caritas radiantes por su coquetería.

El rey, pues, comía solo; y cuando alguna vez le daba la idea de tener á su mesa un convidado, éste se creía sumamente honrado.

Y, en conclusión, no se llegaba hasta el rey de Francia como se entraba en la tienda de campaña del rey de Navarra.

Sus antiguos compañeros de armas murmuraron en un principio; pero luego fueron cortesanos, y olvidaron esta murmuración.

Por lo que acababa de suceder una cosa extraordinaria. Un desconocido, que se decía gentil-hombre, se había presentado á la puerta del Louvre, la que había atravesado, y entró derribando á los centinelas que se oponían á su paso, y distribuyendo aquí y allá mandobles á todo aquel que quería impedirle su marcha, al mismo tiempo que decía:

—¡El rey se alegrará mucho de verme!

Y éste, que no era otro, como se ha visto, que nuestro héroe Galar, llegó de esta manera hasta la presencia del rey Enrique; y luego que se halló delante de éste, se quitó su capa, se desabrochó su cinturón, como hemos ya visto, como si se hubiese hallado en una hostería.

El rey se quedó estupefacto de tal osadía.

La misma Nancy temblaba.

En este momento es cuando, como saben nuestros lectores, acababa de decir Galar:

—No me sorprendería el que fuese hijo de vuestra majestad.

Es preciso decir que en el fondo el rey se hallaba contento; pero la etiqueta... ¡y esa etiqueta á la que tanto se atienen los parisienses!

pensar á Nancy, la cual tenía fama de como se suele decir, cortar un pelo en el aire.

Galar comprendió que con Nancy es con quien tenía que entenderse.

Al mismo tiempo que vio que Idolina había hablado bien á su favor.

Y en conclusión, no cabía duda de que el rey aun no sabía que había huido del castillo de Amboise madama Margarita.

El rey continuó.

—Acabas de llegar de Norac, bien. Te han dicho que te parece á mí, y tu me refieres que eres mi hijo; no me parece mal. Pero en conclusión, ¿qué es lo que deseas, amigo mío?

—Poner mi espada al servicio de vuestra majestad.

—Es decir, que no rehusarais el ser teniente ó capitán.

—¡Señor!

—Pues bien, hablaré á Sully...

—¡Oh! señor, dijo Nancy; si habláis de ello á M. de Sully, os dirá, que en lugar de reclutar soldados, sería mejor el licenciar.

—¡Bah! murmuró el rey.

—Y luego, que á M. Sully no le gustan los desconocidos.

—No deja de ser cierto, querida.

—Yo, en lugar de vuestra majestad, sé lo que haría.

—Pues, habla.

—Diría á este caballero: «Nada me prueba que tu seas mi hijo, porque se ha probado que todos los gascos se parecen, pero tampoco nada me prueba que no lo seas.»

—¡Bien! ¿Luego?

—Para saber la verdad, continuó Nancy, es preciso que te pongas en busca de tu madre, y creo que, concluíras por encontrarla.

jornadas y sin mas calcular las distancias. Vaya, veo que mis gascones son siempre lo mismo.

En tanto que el rey hablaba de aquella manera, Galar se decía, mirando á Nancy, que podría ser que aquella dama, de quien tanto le había hablado madama Margarita, fuese quien hubiera mandado á Idolina á Blois.

—He hecho noche en Poitiers, dijo.

—Hermoso país, contestó el rey.

—Luego en Amboise, ¿no es así?

—¡Ah! te has detenido en Amboise.

—Sí, señor.

—¿Allí se halla la reina en este momento; ¿la has visto?

—No, señor, contestó Galar con serenidad.

Nancy se decía al mismo tiempo que miraba á Galar: Discreto es ese muchacho.

—Pero, continuó Galar, he hecho en Blois conocimiento con una bellísima joven.

—¡Hola! ¿Ho!

—La cual venía á París.

—¿Y tú sin duda te has hecho su caballero?

—Algo, señor.

—¿Y cómo se llama?

—Idolina.

Nancy miró de nuevo á Galar, haciéndole una seña con los ojos que el rey no pudo sorprender.

—Idolina dijo el rey, es muy bonito nombre. Pero dime Nancy, ¿no tenías tú una camarera de ese nombre?

—Sí, señor, solamente que no es posible que sea esa linda joven de quien habla este caballero.

—¿Por qué no, hermosa mía?

—Por que no ha salido de París.

—¡Ah! ¿de veras?

—Sí, señor, me contó de una manera que dió mucho que

El rey, pues, puso la mano sobre una varilla que le servía para hacer sonar un timbre.

Si la varilla hubiese tocado el timbre, dos guardias hubieran entrado, y cogiendo á Galar, le hubieran arrojado por la puerta fuera.

Peró la mano del rey, que sostenía aquella varilla, se detuvo en el camino antes de llegar al timbre.

Enrique miraba á Galar como ya lo hiciera Nancy, y se decía que aquel joven se parecía extraordinariamente al rey Enrique hacía veinte años.

—¡Vamos! amigo m

Forma agradable, inalterabilidad de los componentes, actividad medicamentosa, dosificación exacta, son las cualidades conocidas por la ciencia, comprobadas por las Academias y ensalzadas por la prensa. Hay jarabes para casi todas las enfermedades. Véase su extenso Prospecto catálogo que se da gratis en las boticas de los doctores Ulzurrun, Barrieto, 11, y Borrell hermanos, Puerta del Sol, 5. Madrid (47)